

MI VIDA Y LA DAMA DE BLANCO



Novela inspirada en la obra "La dama de blanco"
de Wilkie Collins. 1810-1899 Inglaterra.

Margarita María Niño Torres

Año 2021

MI VIDA Y LA DAMA DE BLANCO

El narrador se presenta.....	3
La deuda de mi amigo.....	3
El encuentro.....	7
Viaje incierto.....	11
La familia Fairlie.....	12
El vacío antes de la tormenta.....	15
Regreso con la marea. Desolación.....	19
¿Quién ha muerto?.....	21
Recuento de los hechos sucedidos mientras yo estuve lejos:.....	24
La fuga, única posibilidad.....	26
Nuestros planes y nuestros recursos.....	29
Existe un secreto.....	32
Entrando por la boca del laberinto.....	34
Perros al acecho.....	35
Caer en su propia trampa.....	37
Los conspiradores tienen sus puntos débiles.....	38
Variaciones del plan.....	41
Un punto de apoyo para levantar el mundo.....	42
El conspirador conspirado.....	43
El que sabe, sabe.....	49
Con las pruebas en la mano.....	50
Fin de la tormenta.....	52
La vida que retoña.....	56

El narrador se presenta

Soy Walter Hartright. Esta historia que quiero contar corresponde al período de algo más de tres años de mi vida, comprendido entre julio del año 1849 y septiembre del 1852 . Fue el tiempo de la gran prueba de fortaleza, tenacidad, constancia y fe para nosotros tres. Llegamos hasta el ojo del huracán, lo atravesamos, salimos de él y sobrevivimos.

La deuda de mi amigo

Todo comenzó en la playa de Brighton, en el verano siguiente a mi cumpleaños número veintitrés.

Era el comienzo del mes de junio. Yo había regresado a Londres después de visitar a mi madre en su casa de campo en Hampstead, que era la casa de la familia. Allí vivía ella con mi hermana Sarah, menor que yo. Mi padre había muerto y les había dejado una pensión suficiente para continuar con la vida que llevábamos. Por el tiempo de mi relato yo era dibujante y me ganaba la vida realizando ilustraciones para algunas revistas y periódicos londinenses, pero siempre eran contratos cortos que me reportaban ingresos menos que suficientes para subsistir. Ingresos que yo lograba incrementar enseñando a dibujar a damas interesadas en tal aprendizaje.

Llegamos a la playa de Brighton mi amigo italiano el profesor Pesca, quien también era amigo de mi familia, y yo. Él es un hombre pequeñito sin ser enano. Es, sin duda, el más bajo de todos los hombres adultos que yo he conocido. Por entonces vivía en Londres y se ganaba la vida como profesor de idiomas. Hablaba el inglés muy bien y enseñaba italiano a las damas londinenses de familias acaudaladas. Mi madre lo apreciaba mucho.

Pesca llevaba no sé cuántos años en Inglaterra. Había sido profesor de una reconocida universidad en Padua pero, por motivos políticos, tuvo que abandonar su país. Cada vez que podía, manifestaba con gran emoción su gratitud hacia Inglaterra por lo mucho que él había recibido en ella desde su llegada: la oferta de asilo en el inicio, más las buenas posibilidades de trabajo y de ascenso en la escala social que se le habían presentado. Me había dicho, en secreto, que soñaba con llegar a formar parte del Parlamento inglés, algún día...

El día era caluroso así que tranquilamente me metí al mar caminando en línea recta. Miraba de vez en cuando hacia atrás y veía que Pesca me seguía, mientras la playa descendía lentamente. Cuando llegué a buen nivel comencé a nadar. Dos o tres minutos después volví a mirar con el objeto de esperar a Pesca y no lo vi. No estaba en el agua ni tampoco lo veía en la playa.

Me regresé nadando rápidamente. Cuando pude hacer pie, caminé despacio mientras lo llamaba. En esas vi un par de manos pequeñas que se agitaban en un punto por fuera del agua, siguiendo la línea de unas rocas bajas que entraban al mar desde la playa. Me acerqué y me sumergí hasta dar con su cabeza. Estaba más o menos atrapado en una oquedad rocosa, oculta como un metro por debajo de la superficie del mar. Con rapidez y cuidado lo ayudé a salir y sin aceptarle ninguna oposición lo levanté en brazos y llegué con él a lo seco. Cuando lo puse en la arena y me senté a su lado, me dijo, a modo de excusa, que había sufrido un fuerte calambre.

Esperé a que estuviera bien recuperado del percance y me paré en plan de que regresáramos a nuestros alojamientos, pues rentábamos en la misma casa: él un apartamento con salita y cocina, yo una alcoba simple. Llegamos a su apartamento. Nos

sentamos en su salita a tomar un café que él mismo preparó. En esas llegaron unos amigos comunes.

Sucedió que Pesca, después de hacerlos entrar y sentar, les contó con exceso de detalles, todos aumentados, cómo yo le había salvado la vida, cómo él quedaba para siempre en deuda conmigo, y otras afirmaciones del mismo estilo, unidas a sus exuberantes ademanes y expresiones poéticas de eterna gratitud y similares.

Cuando se fueron los amigos yo estaba en plan de retirarme también. Entonnces, con una expresión muy diciente él me pidió lo acompañara solamente con una copa de vino, cosa que acepté y mientras la tomábamos, él me prometió solemnemente que trataría por todos los medios a su alcance de encontrar la forma de demostrarme su gratitud. Otra vez volvió sobre lo de que él me debía la vida! Al fin llegué a mi cuarto.

Los días siguientes hice contactos con mis alumnas para comenzar las clases en los primeros de agosto. En las oficinas de los periódicos me hablaron de esperar al final del verano, cuando todos los ciudadanos regresaran a sus vidas ordinarias y volvieran a tener las ventas usuales de ejemplares diarios. Mientras tanto ellos entretenían al público con chismes sociales y reimpresión de anteriores publicaciones.

El último sábado de junio, me fui a visitar a mi madre. Llegué ante la verja y en el momento en que iba a llamar, la puerta se abrió y me encontré frente a Pesca como si él hubiera estado a la espera de mis pasos... lo que resultó ser exactamente el hecho. Estaba muy emocionado pues quería darnos a todos una noticia que sería muy buena para mí.

Mi madre me saludó y la noté muy ansiosa. Me hizo seña de que me sentara para atender lo que nuestro amigo quería

decirnos. Sarah no parecía interesada en la cuestión y solamente con la mano me hizo un ademán de saludo, desde su lugar.

El asunto era un aviso de búsqueda de un profesor que pudiera enseñar durante cuatro meses el arte del dibujo a dos señoritas y restaurar, en ese mismo tiempo, en todo o en parte, una colección de bocetos de grandes pintores, en una mansión en Limmeridge.

El aviso le había sido entregado directamente, junto con los requisitos que debería llenar el aspirante más el dato del salario que se ofrecía por ese trabajo, al padre de tres alumnas de Pesca quien era un rico y muy afamado comerciante de obras de arte. Firmaba la petición el propietario de la mansión de Limmeridge, el señor Frederick Fairlie quien era cliente del comerciante. El valor ofrecido era un pago muy superior a lo que yo ganaba ordinariamente y Pesca, quien lo sabía bien, adelantó ante el padre de sus alumnas, su propia recomendación de mis capacidades para el trabajo.

Seguía que yo reuniera los documentos correspondientes para que ese mismo señor los llevara en su siguiente viaje que sería en tres días. Pesca no tenía ninguna duda de que yo sería aceptado. Si esto sucedía así, mi amigo se sentiría muy feliz de pagar de alguna manera, aunque fuera una pequeña parte de la gran deuda que tenía conmigo.

Me quedé en suspenso. No era mi estilo tomar decisiones al vuelo y la inercia de la vida sin obligaciones tajantes era una fuerza que, en ese momento, me sentía incapaz de vencer... pero al mirar a Pesca con su sonrisa resplandeciente y a mi madre con la esperanza pintada en su expresión, no tuve coraje para decir que no estaba interesado. Así que sin esperar nada más,

quedó claro que el lunes yo llenaría todos los requerimientos para que mis papeles llegaran a Limmeridge el martes.

Generalmente soy muy flojo, pero nunca puedo resistir a la inocencia del amor y de los verdaderos sentimientos de amistad. En estos casos caigo rendido y hago lo que me piden.

La respuesta afirmativa me llegó el miércoles, junto con las instrucciones sobre cómo llegar. Se me esperaba el siguiente viernes antes de la cena. Yo tenía solamente un día para estar listo.

El encuentro

El jueves temprano arreglé todo lo del viaje y lo dejé ordenado sobre mi cama. Luego salí para avisar a las alumnas de dibujo que desafortunadamente no podríamos trabajar en los meses siguientes y les recomendé buscar a un colega que me había reemplazado por un corto período en una ocasión anterior. Luego emprendí el viaje a casa de mi madre adonde llegué después del mediodía.

Tuvimos una tarde tranquila y afectuosa. Ambas se mostraron optimistas y, sobre todo mi madre, deseosas de que esta oportunidad me ayudara a encontrar un objetivo para mi vida que según ella discurría sin rumbo... yo le prometí todo lo que me hizo prometer y después de la cena las dejé para volver a Londres, descansar un poco y salir temprano a la estación.

La noche estaba fresca, sentí ganas de caminar y en lugar de devolverme por la ruta de siempre, me desvié por un camino más largo y menos frecuentado. Así anduve un largo rato. Supuse sería muy cerca de medianoche, cuando, después de un recodo, algunas luces separadas indicaban la proximidad de viviendas y al fondo, vi el resplandor de la gran ciudad. Poco

más adelante, llegué al cruce de cuatro caminos y me detuve para identificarlos y orientarme: el de Hampstead, de donde yo venía, el de Finchley, el de Londres y el del West-End. Di unos pasos para tomar el de Londres, cuando, sin haber escuchado ningún ruido, sentí que una mano se posaba sobre mi hombro con gran suavidad. Me sobresalté y dí la vuelta para encontrarme cara a cara con una mujer solitaria, totalmente vestida de blanco, envuelta en un chal blanco y con un pequeño bolso, blanco también, bolso que movía nerviosamente pasándolo de una mano a la otra.

— Dígame, por favor, ¿es este el camino para Londres? —me preguntó.

Antes de responder, yo le pregunté:

— Pero, ¿de dónde viene usted a esta hora?... no la sentí venir —mi propia voz me tranquilizó y pude observarla: era joven y estaba agotada y muy nerviosa. Ansiosa, miraba hacia atrás y hacia los lados con temor. Al fin habló:

— Yo sentí sus pasos y me escondí para mirar su cara cuando pasara y ver si podía confiar en usted —me contestó.

— Sí, este es el camino para Londres. Pero dígame para dónde va y permítame acompañarla —le dije.

— No, no, solo ayúdeme a encontrar un coche. Yo voy a casa de una amiga que me espera, pero no conozco Londres. Solo tengo su dirección anotada —y tocaba su bolso.

— Empecemos a caminar porque por aquí es difícil que pasen coches vacíos a esta hora —le dije.

Ella, dócil como un niño puso su mano sobre mi brazo y caminamos. Me propuse saber algo más. Así que le dije:

— Usted no nació en Londres...

—No, yo nací en Hampshire —luego hizo una pausa y continuó— pero el lugar que más recuerdo es Limmeridge. Allá fui muy feliz. Por un tiempo asistí a la escuela de Cumberland. La señora Fairlie fue mi maestra y es la persona más buena que he conocido. Pero ya murió. Lo que más quiero es irme con ella cuando yo muera!... —y añadió:

— Seguramente su hija se habrá casado y se habrá ido, ... ella también era muy buena... —y luego, como recordando algo muy terrible y urgente me preguntó:

— ¿usted conoce a algún barón?

Le contesté que tal vez sí pero que no recordaba a ninguno. Ella, casi temblando por el recuerdo, continuó

— Yo no quiero ver uno que es muy malo, muy malo... tengo miedo de encontrarlo... —Traté de tranquilizarla...

En esas, habrían pasado de cinco a diez minutos de nuestra caminata, cuando vi venir un coche de alquiler. Nos detuvimos. El coche paró frente a una casa del otro lado del camino. Descendió un hombre y pagó. El cochero iba a arrancar enseguida. Yo le grité que esperara, la joven corrió apresuradamente y, mientras yo le decía al cochero que por favor la llevara, ella subió al coche, se sentó y se reclinó hacia atrás como para esconderse. Con la mano, sin asomarse, me hizo señales de despedida.

Cuando dejé de escuchar el coche yo me sacudí como si acabara de despertar. La soledad persistía y la oscuridad de la noche no menguaba. ¿Tuve un sueño extraño?, o... ¿esa joven que estuvo conmigo poco antes era una persona real..?... con estas preguntas interiores, continué mi camino. Quería llegar y dormir hasta que saliera el sol.

Sin embargo el temor que expresaba ese rostro joven y ajado que persistía en mi memoria, ¡ese temor era real!... ¡No!, tuvo que ser un sueño... ella habló de Limmeridge y cómo iba a saber que es para allá para donde voy?...

De pronto una luz se encendió a unos cien metros de donde yo me encontraba. Era un policía que venía reponiendo luces en los faroles. Luego un coche con dos hombres pasó rápidamente a mi lado sin verme. Uno de ellos vio al policía y le gritó al otro que detuviera el coche. Desde arriba preguntó al policía si había visto en su camino a una mujer vestida de blanco. —No—, contestó el policía.

— Si la ve, deténgala y llévela enseguida, con mucho cuidado, a esta dirección. Es peligrosa. Allá le pagaré todos los gastos —y entregó una tarjeta al policía.

— Y, ¿por qué es peligrosa como para que yo deje mi trabajo y la lleve? —preguntó el policía.

— Porque se ha escapado de mi Sanatorio —contestó el otro mientras reemprendían la carrera...

...Entonces no fue un sueño. Entonces esa criatura venía de un Sanatorio privado.

Mi conocimiento de la gente me dijo, en ese momento, que la joven de blanco no estaba loca. Muy nerviosa sí. Yo vi claro el motivo: Se había escapado de un lugar en donde sin duda sufría y temía que la encontraran... Pero peligrosa, como para sanatorio privado... eso no, de ninguna manera.

Yo la vi, o, mejor, la sentí como una niña pequeña... tal vez con algo de retardo... por esa forma de hilar las frases..., pero loca, de manicomio, ¡eso no!... ¡eso nunca!... Qué historia se esconde detrás de tanto miedo... y ese asunto de un barón...

Finalmente llegué a mi cuarto y rápidamente me dormí.

Viaje incierto

Según las instrucciones recibidas, yo debía tomar el tren en Londres a una determinada hora y hacer un cambio en Carlisle. Mi primer tren tuvo un accidente mecánico y no alcancé el enlace con el segundo tren, luego debí esperar al siguiente y por esa causa llegué con retraso de hora y media a la estación próxima a Limmeridge.

Me esperaba un cochero malhumorado. En la casa me recibió un criado muy ceremonioso que disculpó a las señoritas, porque ellas, después de esperarme una hora, decidieron retirarse a sus aposentos. Él me indicó que podía sentarme mientras traía mi cena, cosa que hizo prontamente y pude comer bien antes de subir. Enseguida me guió hasta mi habitación en el segundo piso. Vi mi equipaje sobre una silla, al lado de la cama.

— El desayuno es a las nueve —dijo el criado y añadió mientras hacía una venia:

— Que tenga una buena noche —le di las gracias.

Me acosté y me dormí enseguida.

Cuando desperté y recordé en dónde me encontraba, tuve temor de estar retrasado. Pero no, faltaban unos minutos que fueron suficientes para lavarme, vestirme, arreglar mi cabello y llegar a tiempo abajo.

El mismo criado de la noche me saludó, mientras con su mano me indicaba que podía pasar al comedor.

Con sus ventanas abiertas sobre un campo verde y siendo una hermosa mañana de sol, el comedor me pareció exquisito en su

austera sencillez. En un extremo de la ventana del fondo vi, de espaldas a mi, una figura femenina esbelta y tranquila. Cuando sintió algún movimiento, ella se volvió y al verme se adelantó a saludarme. Una expresión de franqueza e inteligencia en una cara que no era bella. Con una sonrisa muy acogedora saludó:

— Señor Hartright, buenos días! —y sin esperar mi respuesta añadió:

— Sentí mucho no haberlo esperado anoche. Pensamos que pudo haber perdido el último tren y por eso preferimos, mi hermana y yo, irnos a dormir. En caso de que eso hubiera sucedido, estaría usted llegando a esta hora.

La familia Fairlie

Yo la saludé y le expliqué la causa de la demora. Ella sonriente aceptó y sin otro preámbulo me dijo:

— Mi nombre es Marian Halcombe. Yo soy hija de la segunda esposa del señor Philip Fairlie. Mi madre era viuda y después de su matrimonio con el señor Fairlie, ambas nos vinimos a vivir aquí. Yo tenía en ese momento seis años. Él, también había quedado viudo de su primera esposa de quien tenía una hijita tres años menor que yo, a quien nombro como mi hermana Laura, en lugar de 'la señorita Laura'.

Mi madre fue para Laura una verdadera madre: a las dos nos trataba con el mismo cariño y se preocupaba de la misma forma por ambas. Crecimos como hermanas y como tales vivimos con ella, lloramos desconsoladamente su muerte, nos acompañamos y ayudamos siempre y siempre nos amamos inmensamente.

Cuando el padre de Laura murió, su hermano Frederick quedó como guardián de nosotras dos, ambas le decimos tío, pero ya ve usted que en realidad yo no soy su pariente. Esta es la

familia y ya conoce las razones por las cuales yo vivo aquí y soy de corazón, la hermana mayor de Laura.

Llegó Laura y después de las presentaciones y saludos nos sentamos a desayunar. La vista de Laura me dejó de un solo golpe, sin fuerzas. Fue como la aparición de la belleza, de la dulzura, de todo lo más tierno y puro en un solo instante. Noté su vestido sencillo y de tela rústica, pero ella no parecía interesarse en absoluto por su apariencia. Su cabello rubio y sus ojos azules, hacían contraste con los de Marian que eran oscuros. Marian era una joven que tenía deberes y responsabilidades, Laura era una niña preciosa que amaba a su hermana pero que no se preocupaba por el mundo exterior más allá del sol y de las flores y de la música; tocaba bien el piano y tenía gustos muy definidos al respecto.

Desde ese primer día, sentí a Marian como un soporte de la armonía y a Laura como el encanto de la misma armonía. Me enamoré de Laura, loca, perdida y, silenciosamente... y desde entonces elegí a Marian como mi hermana, mi guía y mi apoyo en todo lo que trajera el futuro.

En la mañana Marian me avisó que su tío esperaba verme a una hora precisa, después de la comida del mediodía. Acudí a la cita y me encontré con un señor viejo, quejumbroso y necio. Me pareció enfermo de los nervios más que de todo lo que se quejaba... en fin, cuando salí había confirmado mi compromiso de cuatro meses para las dos misiones: enseñar a sus sobrinas algo de dibujo artístico y restaurar una colección de bocetos de varios clásicos. Además miré con gran interés, de acuerdo con la recomendación que me hizo Marian antes de la visita, unas cuantas monedas de una colección que el viejo apreciaba mucho. Dicho esto, me retiré, llevando conmigo los bocetos. Estaba listo para empezar.

Y así fue que establecimos las horas de la mañana para las clases de dibujo, tres veces a la semana. Un día para pasear y el tiempo restante para los bocetos. Por las noches, después de la cena, Laura tocaba al piano. Siempre me ha gustado Mozart y ella buscando complacerme tocaba siempre algo del maestro.

El primer mes pasó como un vuelo. Marian no dedicaba demasiado esfuerzo al dibujo. Yo la veía pensativa y algo preocupada. A veces sucedía que algo en Laura me golpeaba como llevándome a otro tiempo y otro espacio en donde tal vez yo la habría conocido de diferente forma, pero luego su sencillez e inocencia y sus preguntas acerca de sus dibujos, me traían de vuelta y el amor crecía más y más en mi.

Sucedió que llegó a visitarlas una joven que había sido alumna de la señora Fairlie en la escuela de Cumberland. Yo estuve presente y en ese rato, cuando la visitante recalca el imborrable recuerdo de su maestra, de sus buenas acciones e inolvidables enseñanzas, yo recordé a la mujer de blanco de la noche en Londres. Esperé a que se fuera la visita y a que Laura se durmiera para hablar con Marian. Le conté todo el episodio. Marian me dijo que en ese tiempo su mamá solamente tenía alumnas de ocho años para abajo y por eso ella, Marian, no estaba en Cumberland ni recordaba a esa niña. Pero que guardaba todas las cartas que su madre le escribió a su esposo quien anduvo fuera del país durante un año completo, en las que le contaba todos los pormenores de la vida en Limmeridge y en la escuela de Cumberland. Que iba a buscar a ver qué encontraba.

Pocos días después, me llamó para mostrarme los claros rastros de la dama que yo había encontrado tan accidentalmente: Según las cartas de la señora Fairlie, la niña se llamaba Anne Catherick. Había venido con su madre quien debía cuidar a una

parienta muy enferma que vivía en las cercanías y estaba en sus últimos días y, mientras tanto, llevó a su hija a la escuela. La niña, Anne, tenía un año menos que Laura y curiosamente, las dos se parecían mucho. Como Anne era muy pobre, su maestra, la señora Fairlie le proporcionó en varias ocasiones vestidos de Laura y se proponía darle varios más grandes para que le sirvieran durante el crecimiento. A Anne le gustaba mucho vestirse de blanco, igual que a Laura, así que todos los vestidos que se llevó eran blancos y decía que siempre se iba vestir de ese color. Solo estuvo seis meses. Cuando la parienta murió, Ane regresó con su madre al pueblo en donde vivían.

Al escuchar el relato y el hecho del parecido entre Laura y Anne, yo supe inmediatamente que ése era el tema que se me aparecía como si fuera un sueño cuando Laura actuaba de alguna forma particular, que me la hacía ver como convertida en un recuerdo... sin duda repetía algún gesto igual... ¿o...?, pero sin duda ahí estaba la causa: el gran parecido entre Laura Fairlie y Anne Catherick.

Continuamos el segundo mes. Conformábamos una familia y cumplíamos nuestros deberes. Hacia el final, Laura comenzó a mostrarse un poco temerosa, a veces faltaba a la clase, a veces quería sustituir el tiempo perdido, a veces salía corriendo sin haber terminado... parecía una adolescente en crisis...

El vacío antes de la tormenta

Un día de Octubre, nuestro tercer mes iba por la mitad, observé a Marian preocupada y casi triste.

Al finalizar la clase, después de que todos nos separamos para nuestros respectivos quehaceres, Marian me alcanzó y me pidió que habláramos en una cabaña pequeña que había en el campo, en donde algunas veces estuvimos para protegernos de la lluvia.

Allí la esperé, tratando de adivinar el motivo de esta reunión sin Laura. Cuando llegó, Marian me dijo que era corto pero que no me iba a gustar lo que tenía que decirme. Me mantuve silencioso, a la espera...

— Walter, conozco tu secreto. No te sientas mal por esto, porque no hay ningún mal en ello, pero tienes que saber que amas a Laura sin esperanzas, porque ella está comprometida en matrimonio desde antes de la muerte de su padre —me miró con una expresión de tristeza por el dolor que me producían sus palabras, pero continuó:

— La cosa urgente es que en noviembre vendrá su prometido Sir Percival Glyde, que es un señor barón cuya propiedad está relativamente cerca de aquí. Viene para establecer la fecha del casamiento —Al escuchar que se trataba de un barón, recordé inmediatamente las palabras de Anne Catherick, en nuestro único encuentro de la madrugada anterior a mi viaje a Limmeridge... y me pregunté si sería ése el barón que ella temía tanto...

Marian continuó expresándome que estaba muy preocupada por Laura porque había cambiado mucho de carácter y se veía menos alegre y serena que de costumbre. Ella pensaba que Laura, más o menos inconscientemente correspondía a mis sentimientos, pero como Laura sabía que eso no podía ser porque le había prometido a su padre en su lecho de muerte que ella se casaría con el barón cuando tuviera la edad para hacerlo...

— Por esto, querido Walter, creo que debes irte antes de que llegue el barón. Por tu bien y por el de Laura y también el mío. Vamos a sufrir mucho con tu partida, pero sería terriblemente más duro de soportar el estado de cosas que surgiría contigo

aquí. Si no estás presente, quizás Laura y yo con ayuda de nuestro asesor legal, el señor Gilmore, que es una persona completamente confiable, encontremos un medio de anular ese compromiso. Pero si tu estás aquí, esa posibilidad se elimina inmediatamente. Así que Walter querido, escribe por favor una carta a mi tío diciéndole que graves noticias de tu familia o algo similar, te obligan a pedirle te libere de tu compromiso un mes antes de lo acordado. No le va a gustar, pero las razones de familia son sagradas para él y de mala gana aceptará. Eso sí no te vayas sin que él acepte tu salida anticipada.

Yo me sentí como si cayera en un pozo profundo, vacío y oscuro.irme y no volver a ver a Laura y a Marian... ¿Cómo lograría sobrevivir?... de pronto, desde mi interior surgió como un estallido de fe. Puse mi mano sobre su hombro y le dije que no sufriera más. Yo haría de mi parte cuanto pudiera por seguir mi camino, pero no las olvidaría nunca. Tendría fe en el amor y en su fuerza, que a pesar de todos los obstáculos, puede salir vencedor si conservamos la decisión de luchar y de buscar y recorrer los caminos, aunque sean largos, duros, secos, casi imposibles, para volvernos a reunir.

Luego pasamos a lo práctico. La carta para el señor Fairlie. Hablarle a Laura sin mencionar el amor, ni su compromiso, sino la prudencia. Vivir los últimos días lo más tranquilos y alegres que pudiéramos. Despedirnos sin lágrimas, con fe firme en las posibilidades que la vida tiene para defenderse.

La última de estas cosas prácticas que hice, fue contarle a Marian las palabras de Anne Catherick sobre cierto barón a quien ella temía terriblemente.

Dos días después de enviada mi carta, recibí la respuesta del señor Fairlie quien tras quejarse por mis defectos y culparme de irresponsable, terminaba:

"...como no quiero que se me achaquen los problemas de su familia, puede irse cuando a bien tenga". Luego su firma, el lugar y la fecha. 31 de octubre. Entonces empaqué mis cosas y recibí de Laura, quien llegó cuando yo acababa de despedirme de Marian y estaba solo, como obsequio especial, un paisajito pintado por ella que yo le había alabado, porque mostraba un gran progreso.

— Lo guardaré siempre, siempre a mi lado, mi Laura querida, y te recordaré cada vez que lo mire —le dije.

Ella se me acercó rápidamente y me dió un beso. Enseguida salió corriendo. Yo también me alejé tratando de contener la humedad de mis ojos.

Subí al coche que me esperaba y sentado junto al cochero, el mismo que me había recibido malgeniado la noche de mi llegada con retardo, nos alejamos conversando de los señores Fairlie, del muerto, y del vivo con sus innumerables achaques.

En el tren tuve tiempo para pensar y llorar un poco, y también para reencontrar ánimos y volver a enfocar el presente, sin abandonar la esperanza de forzar el futuro. Llegué a Londres el día 4 de noviembre.

.....

Con Marian acordamos antes de mi salida de Limmeridge, que si yo permanecía en Inglaterra, podríamos comunicarnos a través del señor Gilmore, su asesor de confianza, cuando hubiera algún asunto que consideráramos de máxima

trascendencia. Por el momento, mejor mantener silencio hasta ver el desarrollo de los hechos en los días siguientes.

Ella me ofreció solicitar a personas que conocía y que tenían proyectos grandes en América, por si se presentaba alguna oportunidad que pudiera interesarme en uno de tales proyectos.

Le dije que sí. Efectivamente surgió esa oportunidad en Centro América. Viajé el día 21 de ese mismo mes.

Regreso con la marea. Desolación

El día 15 de octubre, casi un año después de mi salida de Limeridge, desembarqué en Liverpool de regreso de las excavaciones en Centro América y de haber sobrevivido un naufragio en las costas mexicanas. Esa misma noche llegué a Londres y me hospedé en un hotel económico. Dormí profundamente.

En la mañana envié una carta a mi madre anunciándole que iría esa misma tarde a visitarla. Me parecía que podría ser muy fuerte para ella si yo llegaba de repente. Desde mayo no había podido enviar noticias de mi vida y sin duda estaría muy angustiada.

Regresé cambiado, sin duda. La vida en la selva tropical, las dificultades de todo género, las lejanías de zonas habitadas y la incomprensión del lenguaje de los nativos cuando llegábamos hasta sus poblados más las fiebres, los innumerables mosquitos, la amenaza de reptiles y fieras, todo esto, unido a los accidentes del trabajo que se sucedían, unos más graves que otros y, sobre todo, las muertes de compañeros por algunas de las causas enumeradas, sacudieron mi ánimo, me tornaron más responsable, más cuidadoso y físicamente más fuerte mientras día a día se afianzaba en mi el propósito firme de sobrevivir y

de recuperar a Laura... así fuera para verla solamente de lejos y convertirme en fiel guardián de su felicidad. Confiaba sobre todo en Marian y su amor por su hermana y sus capacidades e inteligencia para afrontar las dificultades.

Llegué a la puerta y golpeé. Mi madre misma me abrió. La abracé y sentí su abrazo lleno de amor y de angustia. La miré sin soltarla, miré a Sarah y ella se levantó y salió de la sala sin mirarme. Vi el sufrimiento en los ojos de mi madre y le pregunté:

— Madre, ¿tienes algo que decirme?...

Ella me abrazó de nuevo. Llorando me dijo sin soltar el abrazo:

— Walter, mi Walter, ... hemos sufrido mucho... al menos... yo sigo viva para tí —entendí y me estremecí, sin soltarla pregunté en su oído:

— ¿Lo dices por Laura? —y ella me estrechó aún más y con el movimiento su cabeza respondió afirmativamente.

Nos sentamos y permanecemos largos minutos sin palabras. Finalmente hablé para decirle que por el momento necesitaba silencio. Que mejor comiéramos algo para ayudarnos a pensar con claridad y luego podíamos conversar como ella quisiera.

Eso había aprendido: cuando estamos físicamente débiles nos cuesta mucho más dominar nuestra mente. Ella fue enseguida a la cocina y la vi con más ánimo y menos angustia. Preparó un guiso casero que me gustaba especialmente desde que era niño. Cuando la mesa estaba ya servida llamé a Sarah y la abracé con serenidad. Comimos como en los viejos tiempos.

Finalmente les pedí me dijeran lo que sabían y cómo lo habían sabido. Ellas fueron en orden hablando de los avisos en los diarios que eran la única información que habían podido

obtener. Sarah había guardado los recortes con las noticias relativas a la muerte y sepelio de mi amada Laura... y me los entregó. Al leer esos escuetos anuncios, algunas lágrimas rodaban de mis ojos pero mi corazón no las aceptaba. No, no podía ser así. Laura no podía haber muerto... me sacudí y encontré tranquilidad en algún recodo de mi interior:

Las espantosas e insensibles noticias no lograron desesperarme. Allí muy adentro la llama de mi amor seguía encendida.

Después de leer todos los recortes, impulsé suavemente la conversación y con ellas hice el plan inmediato: esa noche me quedaría ahí pero al amanecer saldría con el propósito de ir directamente al cementerio de Limmeridge. Nada decían los diarios acerca de Marian ni de nadie más, aparte del viejo Frederick. Yo haría averiguaciones para encontrar a Marian. Ella debió sufrir terriblemente y quién sabe en dónde y cómo estaría viviendo en ese momento.

¿Quién ha muerto?

No alcancé a llegar a tiempo para el último tren, así que solo a las nueve de la mañana siguiente llegué hasta la iglesia de Limmeridge y visité el camposanto. Me acerqué y me postré sobre la loza de la tumba, al pie del terrible epitafio, ostentoso pero cruel y descarnado. Entonces lloré mucho rato. Hablé con Laura como en los días de las clases de dibujo, vi su sonrisa y su bellos e inocentes ojos azules, sentí sus manos temblar como el día de mi partida cuando me entregó su dibujo... oía su respiración, sus palabritas,... sus pasos... sí, sus pasos... me enderecé. ¿había dormido? Seguro que sí... Laura vivía en mis sueños... Pero yo continuaba escuchando pasos... y ya estaba despierto... Sí, alguien estaba llegando... tuve un sentimiento de temor y casi una certeza. Me volví y vi a dos mujeres con sus

rostros velados que se detuvieron dos pasos antes del lugar que yo ocupaba. La más alta dió un grito:

— ¿No!, no la molestes, no le dejes ver tu cara. está muy débil —y se quitó el velo, pero siguió protegiendo a su compañera e impidiendo que se retirara el velo.

Entonces vi a Marian. Su cara ajada, sus ojos asustados... sus manos temblorosas. Yo hablé:

— Marian, soy yo. No es un sueño. No tengas temor. Ya regresé —la otra se acercó rápidamente, se quitó el velo y me miró: No tuve ninguna duda. ¡Mi Laura!... ¡estaba viva!... Me miró, apoyó su cabeza en mi hombro y dijo:

— Ellos quisieron que yo olvidara todo... pero no olvidé a Marian ni tampoco a ti —su carita estaba también ajada y sus ojos muy apagados y tristes, ... pero era ella... y estaba a mi lado... y,... también vi en ella una imagen idéntica a la imagen de Anne Catherick la noche anterior a mi primer viaje a Limmeridge... En ese momento supe quién era la muerta.

Mi corazón explotaba de admiración y gratitud: ¿Quién preparó este encuentro? Alguien lo hizo. Demasiadas coincidencias para ser casualidad... ¡Oh, Dios! ¡¡gracias!!

Salimos apresuradamente pues vi preocupación en el rostro de Marian. Ella puso el velo sobre su rostro e hizo lo mismo con el de Laura. Fuimos a buscar un coche y salimos directo a la estación y de allí a Londres. No hablamos sino cosas intrascendentes... Laura se quedó dormida y nosotros tuvimos paciencia y prudencia para conservarnos silenciosos. Sin dar importancia al asunto, pregunté:

— ¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —mirando las nubes por la ventana ella dijo, como si hablara del buen tiempo,...

— Máximo un par de días, pero de pronto solo hoy

Me concentré en el mapa imaginario de Londres que yo conocía tan bien y, haciendo un balance de mis haberes, fui decidiendo cómo nos moveríamos al llegar, poniendo como primer objetivo cuidar la salud y seguridad de Laura.

Al llegar la noche, nos instalamos, yo, Walter Smith y mis hermanas Mary y Laura, en un apartamento de dos cuartos dentro de una casa de un barrio popular londinense lleno de gente trabajadora y de niños y de negocios pequeños de todos los tipos. Conseguimos en ventas de segunda, el mínimo de muebles, mantas y enseres de cocina que necesitábamos. En cuanto a ropa, con la de Marian era suficiente para ellas y yo tenía la mía. Preparamos algo de comer y conversamos los tres sobre los cuidados mínimos que debíamos tener, para que nadie nos pudiera separar.

Las conversaciones con Laura tenían que ser elementales. Su cabeza estaba ciertamente trastornada. Había pasado bajo una presión psicológica enorme cuatro meses de cautiverio en el Sanatorio, el mismo de donde había escapado Anne Catherick la noche aquella, y había sido sistemáticamente obligada a repetir en todas las circunstancias que ella era Anne Catherick. Toda su ropa estaba marcada con ese nombre. Laura no había visto, antes de la llegada de Marian, a ninguna persona de la familia. Si no es por la decisión y entereza de Marian, yo no hubiera podido llegar hasta ella porque me habrían detenido su tumba y sus mentirosos dolientes y sus médicos más o menos tramposos también. Pero era necesario, indispensable, que Laura recuperara su nombre. Ese fue mi proyecto esa noche. Así les prometí a ellas dos y a mí mismo, que pondría toda mi vida en movimiento para hacer llegar el día del regreso de Laura a Limmeridge como la hija de Philip Fairlie, reconocida por todos

los que la habían conocido antes de su supuesta muerte, incluido su tío que acababa de rechazarla como una impostora.

Dediqué los días siguientes a la lectura y estudio de todos los relatos escritos por Marian y otras personas, de los sucesos anteriores al desenlace de la muerte y entierro de Laura. De ellos saqué el siguiente resumen:

Recuento de los hechos sucedidos mientras yo estuve lejos:

Durante el mes de noviembre llegó una carta anónima para Laura incitándola a romper su compromiso con el barón Glyde, porque él era un hombre perverso. Resultó muy fácil para el nombrado Sir Percival descubrir que la carta había sido escrita por Anne Catherick y obtener un reconocimiento escrito de la madre de ésta, relativo a la incapacidad mental de su hija. Laura deseaba romper su compromiso pero la detuvo la memoria de su padre y la negativa de su prometido a dejarla libre.

El compromiso de Laura no se pudo anular y Laura se casó con Sir Percival Glyde el 22 de diciembre del año 1849. La pareja hizo un viaje de bodas de seis meses para visitar y conocer algunas ciudades del continente.

Regresaron en compañía del conde Fosco y su esposa. Este conde es un personaje italiano, de gran tamaño físico, multifacético, lleno de capacidades, de argucias y de cultura y, amigo íntimo y consejero de Sir Percival. La señora Fosco es hermana de los señores Fairlie y por consiguiente tía de Laura.

Entre el barón Glyde y el conde Fosco con ayuda de su mujer, montaron una conspiración completa y muy bien pensada y protegida, para obtener una ganancia de treinta mil libras: 20 mil para el marido y 10 mil para la tía, que era todo el capital de

Laura y que, según el testamento solo pasaría a sus manos tras la muerte de Laura.

En síntesis, la conspiración consistió en: apoderarse de Anne Catherick con un engaño practicado por la señora Fosco para alejar a la amiga y protectora de Anne, la señora Clemens. Anne estaba realmente muy enferma del corazón. El paso inmediato fue engañar a Laura: darle sin que supiera en qué momento, drogas y tratamientos terribles hasta ponerla en un peligroso estado de debilidad mental. Siguió llevar a Anne Catherick bajo el nombre de Laura Glyde a la casa del conde Fosco y cuidarla en un ambiente de lujo y comodidades con médicos prestantes y enfermeras hasta su muerte y simultáneamente, ingresar a Laura en el Sanatorio como Anne Catherick recapturada. Publicar la muerte de Lady Glyde y hacer su entierro en la Iglesia y cementerio de Limmeridge y, por otro lado, convencer a médicos y enfermeras del Sanatorio de que el empeño de hacerse llamar Lady Glyde, era una nueva obsesión de la reingresada paciente.

Marian estuvo muy enferma como resultado de una noche entera bajo la lluvia mientras escuchaba los planes de los conspiradores. También ella cayó dentro de la conspiración y llevó su parte con drogas equivocadas y mala comida, con la consecuencia de contraer tifus y perder toda capacidad para darse cuenta de lo que sucedía con su amada Laura.

Cuando se recuperó, ya todo estaba hecho. Además se sentía muy débil. Así pasaron cuatro meses desde el supuesto entierro de Laura hasta el momento en el cual Marian, ya dueña de sí misma, haciendo cuentas minuciosas descubrió que las fechas no podían ser las que aparecían en los periódicos, porque el día 25 de junio, con seguridad, Lady Glyde estaba en su casa en Blackwater y por tanto no podía morir a la vez en la casa del

conde Fosco en Londres. Pero ni Marian tenía pruebas para presentar en confirmación de sus propios conocimientos, ni ninguno de quienes participaron en los hechos y fueron interrogados por ella recordaba la fecha exacta del viaje de Laura a Londres. Por tanto, legalmente, Marian no tenía ninguna posibilidad de rescatar a Laura del manicomio.

La última tentativa de Marian fue presentarse en el sanatorio y solicitar permiso para ver a la interna Anne Catherick, llevando consigo los papeles que pudo conseguir de personas cercanas y competentes que la conocían, a quienes ella puso al tanto de su deseo, invocando la memoria de su madre que había querido mucho a Anne. Para ello tenía las cartas originales. Con estos recursos le fue fácil llegar al sanatorio y solicitar el permiso. El director se sobresaltó, pero mirando las recomendaciones que Marian llevaba le permitió ver a Anne.

La fuga, única posibilidad

Siguiendo indicaciones de otras enfermeras, Marian encontró a la responsable de la paciente Anne Catherick paseando con ella por el patio en un sector que tenía un poco de sombra. Marian se acercó. Cuando estaba a pocos pasos de ellas, la paciente la miró fijamente, soltó la mano de la enfermera y salió corriendo para abrazar a su hermana. Marian miró asustada hacia todos lados. Solo la enfermera se había dado cuenta. Marian, con suavidad, le dijo dulcemente a Laura que no dijera nada, que ella la iba a sacar de allí, pero que tocaba que guardara el secreto, como ella sabía guardar secretos. Laura la soltó y agachó la cabeza. Marian la felicitó porque había entendido bien y le prometió que en uno o dos días tendría todo listo para sacarla, pero que se portara como ellos querían para que nadie la regañara ni la castigara. Laura continuó con su cabeza agachada pero hizo con ella una leve señal afirmativa.

Entonces Marian se acercó a la enfermera e iba a decirle algo cuando vio que el médico director venía hacia ella. Muy respetuoso le preguntó cómo veía a la protegida de su madre y Marian le agradeció y le dijo que se iba contenta de saber en qué buenas manos estaba esa niña que había sido la alumna más querida de su madre. El director muy complacido hizo una gran venia y se despidió de Marian. Ya superada esa situación, Marian habló a la enfermera para decirle que quería hablar con ella a solas, en algún rato libre de ocupaciones, que si podía ser al día siguiente, y preferiblemente fuera del sanatorio y sin el traje de enfermera. Que era por algo bueno, de verdad bueno. La chica miró a Marian y al ver su sinceridad y bondad contestó enseguida que sí. Que podía ser al día siguiente, que ella saldría a las tres de la tarde y se podían ver en el parque que estaba cerca. Así quedaron.

Marian fue al banco, sacó todo su dinero que llegaba a setecientas libras, lo guardó en su bolso y al día siguiente estuvo puntual. La enfermera llegó y Marian se interesó por ella y sus ilusiones. Supo que se quería casar pero que tenía que tener unas doscientas libras para montar con su novio un pequeño negocio y que ella pensaba que en dos años lograría ahorrar esa suma. Entonces Marian le dijo que por el bien de su paciente y de su alma, le ayudara a sacar a Anne de ahí. Le juró que era una buena acción y le enseñó cuatro billetes de cien libras diciéndole que ella se los daría para su dote si le ayudaba. La chica se asustó, pero de nuevo la expresión de Marian la convenció.

Le dijo que sí, pero que le trajera una carta para que su novio supiera el origen del dinero y que al otro día llevaría a Anne a la esquina más cercana a la entrada del patio desde la calle. Que esperara desde las nueve hasta que se diera el momento

oportuno. Así se hizo. Marian llegó con la carta y los cuatro billetes y tuvo que esperar hora y media hasta que las vio venir. La enfermera había puesto sobre los hombros de Laura su propia capa oscura y cubierto su cabeza con un sombrero. Así se hizo el intercambio: mientras Marian con la mano de Laura sobre su brazo, entregaba el sobre con la carta y los cuatro billetes, aconsejaba a la enfermera que regresara tranquila y hablara con la gente de la manía de Anne que andaba preguntando a todos cómo se llega a Blackwater Park... como muy ansiosa. Que un rato después saliera a buscarla y se asustara por no haberla encontrado... la enfermera regresó al edificio contenta, con la idea clara de lo que haría y sintiéndose liberada de la preocupación de huir en ese momento...

Marian y Laura tomaron un coche y se fueron a la estación y de ahí a Limmeridge para llevar a Laura ante su tío. Como era tarde cuando llegaron, Marian con toda propiedad pues nadie le había quitado el derecho de habitar la casa, subió a uno de los cuartos y ahí se acomodó con Laura que venía a su lado y durmieron tranquilas. Amaneció. Se arreglaron, bajaron a desayunar y salieron con sus caras cubiertas para pasear un poco. Cuando Marian calculó que su tío se había levantado y estaría contemplando sus colecciones, allá llegó con Laura y obligó al criado a dejarlas pasar... Pero Marian había soñado demasiado e ignoraba que el maravilloso conde había aleccionado al tío sobre la nueva manía de Anne Catherick. El viejo Fairlie lejos de reconocer a Laura entró en gran ira y las llamó tramposas y embusteras y las echó de su casa. Marian sacó a Laura rápidamente, con la idea de dirigirse inmediatamente a la estación, pero Laura se empeñó en ir antes al cementerio para despedirse de su madre ... y ahí se dio nuestro encuentro seguido del viaje y la instalación en esta casa, el día 16 de octubre

Nuestros planes y nuestros recursos

Dentro de mi plan, además de buscar el sustento diario para 'mi familia' y abrir una cuenta con nuestros saldos actuales para dedicarla exclusivamente a los costos que sin duda tendríamos que cubrir en los actos orientados a la realización del objetivo establecido y prometido, el primer paso era comenzar por los únicos amigos confiables que podrían ayudarnos en la parte legal, los asesores de Marian: El señor Gilmore, quien desafortunadamente se encontraba lejos por motivos de salud y su socio, el señor Kyrle.

Mi entrevista con el señor Kyrle fue muy ilustrativa: supe con certeza que por el lado de las declaraciones de Marian solamente era posible iniciar una investigación legal demasiado débil que costaría una fortuna y duraría varios años. Así que le agradecí y me levanté, prometiéndole que le avisaría cuando tuviéramos algo nuevo a nuestro favor. En ese momento el señor Kyrle me entregó una carta sellada que habían enviado al despacho y me pidió entregarla. Era para Marian.

Desde la puerta de los asesores vi dos hombres del otro lado de la calle que hablaban y miraban hacia mi. Me adelanté un poco y me siguieron. Entonces avancé rápidamente y paré de repente. Atravesé y, con dos o tres escaramuzas aprendidas en América, los despisté. Supe que tendría seguidores implacables.

Marian miró la carta y se estremeció con horror. "Y...¿por qué ese temor?, ¿de quién es?", le pregunté.

"Es del conde Fosco. Ay, te contaré..." La leyó y luego me dijo: "primero te cuento lo que me horroriza y después hablamos de esta carta". Laura estaba dormida, pero de todos modos nos alejamos lo más posible para hablar...

En esencia, el conde Fosco estaba obsesionado con Marian y cuando se encontraban solos en cualquier parte, él le hablaba, con gran cortesía y lenguaje muy fino e incluso poético, pero la miraba de una forma que ella no podía dejar de mirarlo ni vencer la fuerza tremenda con la cual la obligaba a escuchar y a aceptar todo lo que él decía. Fosco anulaba por completo su capacidad de reacción y de rechazo. Después, ella se sentía miserable y herida, y casi deprimida...

Yo le pregunté si él le hablaba de amor. "¡No!", me contestó y me explicó que aunque comenzara hablando de otra cosa, siempre terminaba expresando la gran admiración y respeto que sentía hacia ella, mientras ella sentía como si le pusiera unos grilletes que la quemaban. Que al comienzo, antes de verificar directamente su perversidad, ella de alguna manera lo admiraba, pero afortunadamente, después de las primeras traiciones, aunque seguía sometiéndola con su mirada, una vez que él se retiraba, ella recuperaba su ser completo y se sentía llena de una ira terrible. Había llegado a odiarlo.

"¿Y la carta?", pregunté.

"La primera parte es sobre mí. Solo te digo que me pide no salir de casa por el bien de la bella dama que me hace compañía... la segunda es sobre ti..." No me enseñó la carta pero me dijo que en resumen era una amenaza: yo sería un hombre muerto a medio que intentara cualquier cosa para desvelar secretos que no me pertenecían...

El segundo punto de mi programa era encontrar a la señora Clemens. Marian tenía las señas pues Anne Catherick se las había confiado a Laura el día que se vieron, antes de que el conde la descubriera. Así que, después de terminar un encargo de un maestro, salí rumbo a la vivienda de la protectora de

Anne. Un barrio pobre, casas pequeñas iguales. Al llamar a la puerta la propia señora me abrió. Me miró como en espera de algún recado. Yo le dije que quería que habláramos de Anne. Entonces se animó y me hizo entrar. Yo la saludé con deseos que expresarle afecto, pues veía mucha ansiedad y tristeza en sus ojos. Nos sentamos. La señora Clemens me preguntó enseguida por Anne. Le dije que yo había estado lejos de Inglaterra mucho tiempo... y a mi vez le pregunté cuándo la había visto por última vez.

Me respondió que no la había visto hacía más de cuatro meses... desde el día en que 'esa' señora que les había ayudado en Cumberland, cuando Anne se puso tan enferma del corazón, vino y le pidió fuera a su casa para una ayuda de un momento, ya no recordaba para qué, pero que un poco adelante la señora se bajó del coche a comprar alguna cosa y no regresó. Cuando la señora Clemens se vio sola, volvió apresurada a su casa pero Anne no estaba. En esos diez minutos había desaparecido. Los vecinos la vieron salir con un señor grande y gordo que unos minutos antes había llegado en un coche a buscarla.

Le dijeron que Anne solamente había entrado a recoger su sombrero y su bolso y muy animada subió al coche, que enseguida arrancó... yo pensé: ...'esa señora tuvo que ser la esposa de Fosco'...

Pregunté a la señora Clemens desde cuándo conocía a Anne. ...

— Desde que era una bebida. Yo prácticamente la crié porque su madre, la señora Catherick no la quería. A veces ella me la quitaba porque se ponía celosa conmigo, pero luego Anne le estorbaba y me la volvía a dejar. En ese tiempo éramos vecinas en el Viejo Welmingham. Yo quedé viuda. La madre de Anne se

la llevó al nuevo pueblo cuando la niña tenía unos doce años y yo me vine a Londres a esta casa —hizo una pausa y continuó...

— En ese tiempo esa mujer tenía tratos con un hombre rico de la región, el barón Percival Glyde... y el pobre señor Catherick pasó muy mal desde que se dió cuenta, porque los encontró hablando en voz muy baja en la sacristía de la Iglesia. Él era el sacristán.... hasta que un día, muy desesperado, simplemente se fue lejos y no lo volvimos a ver...

La señora Clemens consciente de mi atención siguió hablando:

Existe un secreto

— Lo más importante era que Sir Percival y la madre de Anne tenían un secreto y que Anne un día furiosa amenazó a Sir Percival con contar el secreto que ella sabía. Entonces fue cuando ese señor obligó a la madre de Anne a meterla al manicomio.

Pero la pobre Anne solamente había oído a su madre furiosa decir al barón que divulgaría el secreto y que con eso lo arruinaría si no le daba gusto en algo, y Anne, que es muy cortica de su cabeza, la pobrecita creyó que eso era saber el secreto, pero no cuál era ese secreto... sin embargo Sir Percival se sintió amenazado y la encerró en ese lugar que él mismo pagaba"

Después de un rato largo con la señora Clemens, yo supe esencialmente que la madre de Anne había recibido regalos muy finos de Sir Percival cuando Anne era pequeña. Pero las referencias simples que la señora me dio, me convencieron de que Sir Percival no era el padre de Anne.

Yo le conté de mi encuentro con Ane la noche que ella escapó del sanatorio y que había sabido que en Limmeridge la habían

vuelto a ver. Le prometí que en cuanto supiera algo volvería para contarle.

Nos despedimos, pero antes de salir le pedí como un favor especial me dijera cuál era la dirección de la madre de Anne en el Nuevo Welmingham. Ella me la dió encareciéndome que tuviera cuidado, que era una mujer peligrosa... La tranquilicé y le repetí mi promesa de volver. No tuve corazón para decirle que Anne había muerto.

Esta dirección que acababa de conseguir marcaba mi siguiente paso. No podía olvidarme de la carta del conde, de su amenaza, de los hombres que me seguirían sin duda... pero lo que había pensado hacer, debía hacerlo... Lo cierto y seguro era que Sir Percival tenía temor de que se descubriera su secreto y que ese secreto tenía relación con el pueblo en donde vivía la mamá de Anne.

Así, trabajé otros dos días en Londres y salí para Welmingham. Llegué a la estación. Mientras esperaba el tren, con el rabillo del ojo vi a los dos fieles seguidores listos para vigilar mi viaje. Resolví ser prudente, pero no obsesionarme con el juego. Saben que no voy a escapar. Eso es mejor porque los obliga a mostrarse. Llegué a mi destino. Llamé a la puerta y fui atendido por la mujer más malhumorada y peor educada que he visto en mi vida. Resolví tratarla como si no viera su mala disposición. En esencia le manifesté que conocía a Anne y quería hablarle al respecto.

— Sí Tengo un hija con ese nombre. No sé si está viva o muerta. ¿A eso vino?, pues si es así dígallo y váyase —me dijo con grosera arrogancia.

Le contesté mirándola de frente, sin altanería pero firmemente:

— Sí señora. Su hija Anne Catherick ha vuelto a ser encerrada y de eso quiero hablarle", ... dudé un poco y luego le pregunté:

—¿Ella fue bautizada en la iglesia de Welmingham?"

— Pues si le interesa, vaya, busque al sacristán. Él puede mostrarle el registro... —luego añadió:

— Yo no sé qué le habrán dicho de mi. Pero yo soy una mujer digna. Tengo un buen nombre. Hasta el párroco me respeta. Espere un momento y lo verá". Me quedé quieto. Ella se acercó a la ventana y yo me puse a un lado. En ese momento pasaba un sacerdote con dos acólitos a sus lados. Se detuvo frente a la ventana, esperó que la señora inclinara su cabeza y la volviera a levantar, y él levantó su sombrero, la miró, se inclinó levemente y siguió su camino...

— Ahí usted pudo ver, señor, que soy una mujer de respeto —me dijo con orgullo.

— No me queda ninguna duda de su respetabilidad. Lo que tengo es un poco de curiosidad sobre los motivos por los cuales su hija Anne estuvo en el manicomio, logró escapar, y ahora sé que está allá de nuevo, pero antes de nada, quiero tener una copia del acta de bautismo de Anne —respondí.

— Ah, pues vaya usted. Yo creo que encuentra al sacristán en la iglesia. Anne nació en el año 30. Seguro que usted puede conseguir el certificado —le di las gracias y me retiré.

Entrando por la boca del laberinto

Ya tenía un primer acercamiento. "Ahora vamos a la iglesia a ver qué nos encontramos", me dije y salí tranquilamente... llegué hasta el pueblo destruido a medias, con la iglesia que continuaba ejerciendo sus funciones en medio de las ruinas. Encontré al sacristán, un viejo muy campechano y muy

hablador. Con gran gusto se prestó para mostrarme el libro de bautismos del año 30 y siguientes, y también el de matrimonios del año 3 al 20 . Yo tenía la corazonada que era en cuestión de matrimonios en donde andaba el secreto de Sir Percival... de pronto se había casado en su juventud...y entonces su matrimonio con Laura sería nulo...

Encontré el bautismo y tomé los datos. Luego busqué en los matrimonios y encontré el registro del matrimonio de los padres de Sir Percival, pero como si lo hubieran metido a fuerzas en un renglón en donde no cabía bien y lo hubiera escrito una mano diferente de la que había anotado los anteriores y posteriores... Tomé también nota de los datos. Ahí entendí que algo se estaba encubriendo... ¿por qué ese registro así como un remiendo? de todos modos, cerré ambos libros, los entregué al sacristán, le agradecí mucho y salí para ir a la localidad vecina, por consejo del mismo sacristán desde antes de comenzar mi búsqueda:

— Allá se ha casado más gente que aquí. La iglesia es más bonita y más nueva y el pueblo es mejor —me explicó...

Perros al acecho

Me fui al pueblo vecino pero más con la intención de descansar y buscar en donde pasar la noche, que otra cosa. Cuando caminaba por un trecho muy solitario me salieron al encuentro dos hombres en plan de buscar pelea. Quise evitarlos pero me atacaron directamente, entonces me defendí, me safé como pude y eché a correr. Uno de ellos, a quien di un puñetazo, se tiró al suelo gritando Policía!, Policía!, y muy rápidamente apareció un policía. Ellos me acusaron y el policía me llevó esposado. Así que en lugar de una noche de descanso tuve una noche absolutamente absurda. No se me acusaba de nada porque el oficial a cargo había salido y no regresaría hasta el día

siguiente, pero como yo era persona desconocida en el pueblo, no podían confiar en mi palabra de que regresaría para escuchar los cargos y asumir el castigo o multa que se me impondría. En ese momento recordé que un buen doctor que nos ayudó en una dificultad anterior en Limmeridge, me había dicho que vivía en ese pueblo, y que allá estaría a mis órdenes por lo que pudiera ofrecerse. Entonces escribí una nota para él y pedí que me consiguieran un joven que pudiera llevarla al doctor Dawson. Llegó el joven, recibió la nota y salió a la carrera para la casa de mi amigo.

A los veinte minutos el doctor estaba en el puesto de policía y muy amable firmó el respaldo que me permitía salir del lugar de la detención preventiva con el compromiso de regresar a las 10 de la mañana del día siguiente. Quise invitar al doctor a tomar algo pero él había abandonado un asunto que tenía que terminar cuanto antes y no podía demorarse. Le agradecí y quedamos en los mejores términos. Entonces se me ocurrió regresar a la iglesia y a la sacristía. Fue un arrebato, pero lo hice calmadamente. Cuando iba llegando, sentí pasos detrás de mí. Para evitar otro altercado salté la cerca y me acerqué a una casa que tenía la ventana abierta. El dueño me sintió y abrió la puerta, resultando ser el sacristán amable que me había atendido antes. Sin que yo le dijera nada, me preguntó ansioso:

— Las llaves..¿usted las tiene? —Su cara denotaba una gran preocupación. Yo le contesté que no. Que cuando me fui de la sacristía él se había quedado con ellas. Él me mostró la ventana abierta y dijo:

— Por ahí entró alguien y se llevó las llaves de la iglesia, mientras yo estaba encerrando mis cabras —y se lamentaba mucho. Relámpagos y truenos anunciaban la proximidad de una tormenta.

— Pues vamos a la iglesia a ver quién tenía tanta urgencia de entrar —le dije. En esas el viento apagó la vela que teníamos y quedamos a oscuras.

Un hombre joven se me acercó y me saludó:

— Buenas noches, Sir Percival —el sacristán trajo fuego y volvió a encender la vela. Pude ver al hombre y le dije que estaba equivocado, que yo no era Sir Percival... y seguí con el sacristán hacia la iglesia. El criado de Sir Percival caminó con nosotros.

Caer en su propia trampa

Cuando íbamos llegando a la iglesia escuchamos gritos afuera y golpes adentro. Las ventanas de la sacristía estaban iluminadas y alguien que golpeaba la puerta pedía auxilio mientras trataba de abrirla con una llave que no funcionaba... Me dirigí al sacristán y le dije que rápido abriera la otra puerta, para que el que estaba encerrado pudiera salir...

— ¡Imposible, todas las llaves están en el mismo llavero! —me contestó.

Algunos dijeron que iban a avisar a los bomberos al otro pueblo y los demás tratamos de echar abajo la puerta con una viga de una casa desvencijada. Al fin lo logramos. Pero solo para ver el bulto de un hombre, boca abajo en el suelo. El criado estaba en shock. Lo mostraba con un dedo pero no podía pronunciar palabra. Llegaron los bomberos...

Se desencadenó la tormenta. La lluvia torrencial ayudó a apagar el incendio al mismo tiempo que los bomberos hacían su parte. Uno de ellos le dio la vuelta al cuerpo y pidió que si alguien lo conocía, se acercara para identificarlo. El criado estaba como perdido. No podía articular palabra... Al fin alguien dijo que era Sir Percival Glyde. Yo nunca lo había visto en vida. Me limité a

mirar desde lejos su cara que no estaba quemada. Llegó un oficial. Hizo trasladar el cuerpo al sector que tenía techo. Lo revisaron y encontraron el reloj de oro marcado con su nombre completo. Llegó un médico y certificó la muerte de Sir Percival Glyde por asfixia. La sacristía con todo y sus libros de registro ardió completamente pero la iglesia se salvó.

Mis pensamientos: ... mi Laura amada era ahora viuda,... aunque oficialmente estaba muerta,... yo lograría que volviera a la vida,... a su propia vida que,... ¡también era mi vida!

De momento lo único que pude pensar fue que los hechos se enfilaron de tal forma que me hicieron testigo de tan terrible acontecimiento.

Pobre Sir Percival. Un hombre que vivió sin amar y murió de semejante forma. ¡Pobre hombre!

Amaneció. Nada de dormir. Arrancar para el pueblo vecino y presentarme a tiempo en el puesto de policía por el asunto de la pelea con los que me vigilaban... pero ellos no llegaron. No tenían nada que decir. Así que el oficial me dejó libre, disculpándose por el tiempo que me hicieron perder y agradeciendo mi ayuda en el incendio. Había sabido que yo organicé a la gente para derribar entre todos la puerta de la sacristía.

En ese momento me sentí libre y mi idea fue correr al tren y a mis queridísimas. Antes busqué en el correo. Ahí estaba la carta de Marian: "*Ven apenas puedas. Tuvimos que cambiarnos. Búscanos en Fulham 16. Todo está bien*".

Los conspiradores tienen sus puntos débiles

El viaje se fue entre ratos de sueño y preocupación por el cambio inesperado de domicilio en Londres. Pero la confianza

absoluta en Marian y en su clara y serena inteligencia me tranquilizaba y volvía a quedarme dormido. Cuando me bajé en Londres salí a caminar, para ver si alguien me seguía. Después de haber cruzado varias calles, seguro de que nadie estaba interesado en mi camino, tomé un coche y llegué a la nueva dirección.

Mis 'hermanas', pues en la carta firmaba Marian Smith, estaban muy instaladas en una casa pequeña y bonita de un barrio agradable. Marian la había encontrado el día anterior, a través de unas señoras de edad que la conocían y que aún vivían en la que fue su escuela de los primeros años, antes del matrimonio de su madre con Philip Fairlie, escuela que continuaba en ese sector.

El motivo completamente previsible para este cambio precipitado, procedía del conde. Marian lo vio en la mañana del día anterior desde la ventana, pero alejada y con la cortina de por medio. Estaba en compañía del médico director del Sanatorio y conversaban. Parecía un encuentro casual, el médico se despidió sin siquiera mirar la casa y se separaron en sentidos contrarios. Laura no los vio. Marian, permaneció en el sitio, detrás de la cortina y dos minutos después vio regresar al conde y entrar en la tienda vecina, con una tarjeta en la mano. Ella bajó enseguida y llegó a la tienda cuando él salía. Marian quiso hablar en ese mismo lugar. No se iba a dejar arrinconar...

— Recordando que tu sabías sobre el dominio que él ejercía sobre mi, me sentí fuerte. Esta vez no me dejé dominar..., él volvió a repetirme lo que decía en su carta y yo le dije que estuviera tranquilo, que yo me encargaría de que tú no hicieras ninguna pesquisa. Con una venia sumamente gentil se despidió. Yo permanecí en la tienda hasta que lo vi subir a un coche y partir. Compré algo insignificante y subí para decirle a Laura

que podíamos darte una sorpresa si nos pasábamos a otra casa. Se puso contenta como una niña.

La vestí con ropa mía muy diferente de la que ella usaba siempre, le recogí el pelo en un moño y lo cubrí con un sombrero de señora mayor, salimos del brazo como dos amigas quinceañeras. Así se lo dije y le expliqué que era mejor que nadie nos reconociera... Cuando volvimos después de ver esta casa y decidimos, recogimos todo lo nuestro, lo dejamos en el primer cuarto y trajimos solamente dos pequeñas bolsas con lo más indispensable. Escribí una carta al señor Kyrle pidiéndole que enviara a alguien por nuestras cosas y que por favor el cochero cerrara de nuevo y dejara la llave en la tienda vecina para la dueña. Que tu pagarías todos los gastos a tu regreso. Salimos, cerré la puerta con llave, metí la llave en el sobre y, pasando por el correo envié la carta. Luego vinimos a pagar la primera semana de alquiler y a instalarnos en esta morada. Una hora después llegaron nuestros haberes... y dormimos como ángeles"

Ellas no sabían de la muerte de Sir Percival... y tampoco lo sabía el conde cuando fue a intimidarla, simplemente porque no había sucedido...

Descansé un rato. Comimos. Felicité a Laura por el arreglo de la nueva casa y por sus dibujos. Los venderíamos muy bien y así ella también colaboraría con los gastos. Esa era nuestra pequeña mentira para levantarle el ánimo. Cuando la dejamos concentrada en su trabajo, Marian y yo nos sentamos en el pequeño jardín y le conté los terribles sucesos... dejé en sus manos la misión de informar a Laura, poco a poco, pero me pareció muy importante que lo supiera por nosotros...

Variaciones del plan

Luego volvimos a mi plan de acción en pos del objetivo común: Ya no tenía ningún valor descubrir el secreto del barón, si había un matrimonio anterior o si no era el legítimo heredero de Blackwater Park... ¿para qué remover ese asunto?. Así que solo me quedaba el conde como poseedor de los datos indispensables para devolver su lugar a Laura dentro de su familia y de la sociedad de todos los que la conocían y creían que estaba muerta, entre ellos mi madre y mi hermana, quienes pensaban que yo estaba mal de la cabeza al afirmar que una loca de manicomio era Laura. Lo interpretaban como un mecanismo de defensa de mi cerebro contra el dolor de haberla perdido.

Tranquilité a Marian en cuanto a nuevos viajes. Me abstendría completamente de salir de Londres mientras no avanzara hacia algo evidentemente cierto.

Una semana después, cuando Laura se enteró de la muerte del barón, por las razones psicológicas que sean, comenzó a comportarse exactamente como lo hacía cuando yo había llegado la primera vez para ser su profesor de dibujo, en julio del 49 . La misma timidez, las mismas tensiones y crisis. Ya no se comportaba como la hermanita menor de los meses pasados que me daba un beso en la mejilla antes de ir a dormir..

Llegó la primavera. Mis trabajos habían mejorado y teníamos ahorros. Decidimos irnos al mar durante un par de semanas. Laura también estuvo muy alegre con el proyecto. Elegimos un lugar un poco más retirado de Londres en donde conseguimos un apartamento amoblado y que se ajustaba a nuestro presupuesto y nos fuimos. Pasamos una primera semana, alegres y despreocupados. Cuando comenzó la segunda, en los ratos que el descanso que Laura nos dejaba, Marian y yo

hablábamos de lo que correspondía hacer para continuar con el proyecto.

Un punto de apoyo para levantar el mundo

Un día después de correr por la playa, Laura se recostó cansada y enseguida se durmió. Entonces le dije a Marian que yo necesitaba tener un vínculo irrefutable que pudiera exhibir y que respaldara plenamente mis movimientos y peticiones: yo necesitaba que Laura fuera mi mujer, pero no me atrevía a proponérselo sin que ella, Marian, estuviera segura de la conveniencia. Ella ya había pensado al respecto y me dijo que me quedara ahí, que llamaría a Laura y que seguramente después yo podía decidir. Con algún ruido la despertó. Pasaron unos diez minutos cuando sentí los pasos de Laura que se acercaba y vi por la ventana que Marian salía a caminar por la playa. Laura entró y se me acercó y, con una hermosa sonrisa y ojos brillantes me dijo emocionada y tímida a la vez:

—...Entonces, ... entonces... ¡¡ ya nos podemos querer...!! —y me abrazó.

Yo la abracé y la besé y lloré de felicidad. Nuestra vida se transformó. Marian me dijo que cuando Laura asimiló que Sir Percival no existía más, se convenció de que esa historia de un matrimonio con él había sido un 'sueño feo' que la persiguió un tiempo largo, pero que ahora había desaparecido...

El sábado nos casamos en un pueblo cercano. Laura Fairlie estaba viva y era libre y libremente se convirtió en Laura Hartright. Llegué a pensar que nos podíamos quedar ahí, cambiar de residencia, incluso de país, hacer nueva vida, nuevos amigos,.. pero no.

No podía ser que la verdad quedara sepultada. Ninguno de nosotros pensaba en dinero ni en propiedades, pero sí en la familia, en el padre de Laura que la había amado y querido proteger de penurias y soledades con ese compromiso matrimonial, en la madre de Marian que amó a Laura como a su hija, en Marian misma que la hizo su hermana... ¡No! no podíamos dejar que se borraran las huellas y los orígenes. Yo mismo tendría que distanciarme de mi familia pues ¿cómo aceptarían lo que creían un despropósito macabro?. Por las razones de la vida misma, tenía que hacer hasta lo imposible por lograr el objetivo que nos habíamos propuesto. Ya tenía el punto de apoyo: ¡Laura era mi mujer!... ¡Levantaría el mundo!

El conspirador conspirado

Siguió reunir todo lo que sabíamos del conde. Marian revisaba todas las declaraciones escritas que ella había obtenido y yo revisaba el diario de Marian.

El primer hecho evidente para mí, fue que el conde menospreciaba a Laura y le tenía evidente mala voluntad. Su comportamiento directo con las otras mujeres: Anne, la señora Clemens, las criadas, las cocineras, ... era siempre dirigido por su extrema gentileza, demostraba afecto, comprensión, consideración, buena voluntad, interés... lo que fuera conveniente para conquistar su favor, pero con Laura pareciera siempre, al menos indiferente y al final absolutamente malvado.

— ¿Siempre fue así? —pregunté a Marian.

Ella me contestó que no desde el comienzo. No, pero... un día Laura dijo que "el conde era un espía", refiriéndose a que siempre sabía lo que se hablaba en todos los lugares de la casa y que la señora Fosco escuchó ese comentario de Laura e hizo una cara de odio y desprecio hacia ella...

Sí, sin duda, a partir de ese día el conde se mantenía a distancia de Laura... aunque controlaba completamente su propia conducta exterior.

Enseguida vino el recuerdo de las muchas cartas de diferentes países que le llegaban, algunas muy abultadas y con sellos que parecían importantes y oficiales... y también sus preguntas de si en los alrededores de Limmeridge o de Blackwater vivían italianos... y que alguna vez comentó que, desde que salió de Italia nunca había regresado, y de eso hacía al menos diez años...

Tomé la resolución de buscar italianos residentes en Inglaterra, y sondearlos en relación con nuestro muy estimado conde. Empezaría por mi amigo el pequeño y extravagante profesor Pesca.

Además, como yo no había visto al conde, contaba con que él tampoco me conocía de vista, al menos de día. Pudo ser que me hubiera seguido la noche en la cual yo regresaba de la visita a la señora Clemens. Esa noche olvidé los espías y me descuidé; sin duda fue ahí que descubrieron nuestra dirección. Pero eso debieron hacerlo sus esbirros, los que me perseguían por todos lados. Así que con una buena probabilidad él no podría identificarme por la calle. Antes de hablar con Pesca, seguiría un poco al conde, de acuerdo con las descripciones claras y seguras de Marian.

No fue difícil ni largo. Al día siguiente me fui al sector de su vivienda. Identifiqué la casa y me dediqué a recorrer esa zona con una carpeta en la mano, como haciendo un reporte de los problemas de las aguas que dañaban algunas calles. Incluso hacía un bosquejo del lugar., sin dejar de percibir la puerta. Al fin se abrió y salió el hombre grande y gordo, muy bien vestido

de negro riguroso, que caminaba con la agilidad de un joven, pese a sus sesenta... o algo más y a su enorme sobrepeso. Guardé mi carpeta y lo seguí. Entró en una pastelería y salió con un pastelillo en la mano. Lo pellizcó y comió el pedacito y al pasar frente a un niño organillero que tenía un monito sobre su organillo le dió el pastel al mono y le acarició la cabeza. El chico le pidió un penique y él lo miró con desprecio y siguió haciendo un gesto de extremo desagrado.

Seguía una zona de tiendas elegantes. En una esquina una cartelera anunciaba los espectáculos de la temporada. El conde se acercó a uno especial y se inclinó para mirar el lugar del espectáculo. Me acerqué desde atrás y vi que anunciaban una ópera de Donizetti, para esa noche.

El conde detuvo un coche y dijo al subir: 'a la taquilla del teatro de la Ópera'. Yo me fui a buscar al profesor Pesca y a conseguir un par de entradas gratis con un amigo del personal escenográfico del teatro, a quien había hecho alguna vez un favor en un decorado y me había ofrecido entradas libres al sector alto (el gallinero), cuando yo quisiera. Pesca terminaría sus clases al mediodía y podíamos conversar un buen rato antes de la hora.

Nos encontramos en un parque cercano al teatro y le conté cuáles eran mis circunstancias y cómo todo acababa de quedar en manos de un compatriota suyo. Luego le dije que esperaba que lo pudiéramos ver en la Ópera. También le hablé de que sospechábamos que era un espía importante de alguna potencia extranjera y le di las razones.

El tema del posible espionaje de Fosco puso pensativo a Pesca. Me dijo que siguiéramos al teatro y que no habláramos nada, nada, aparte del tema de la música. Luego en su apartamento

hablaríamos del amigo. Pesca quiso comprar unos prismáticos y nos paramos a buscarlos. Encontró unos de su gusto y los compró. Yo llevaba los míos, no muy buenos, pero suficientes para el nivel de mis intereses. Entramos al teatro y de una vez nos subimos al último tramo de escalones, en los cuales no había sillas. Era el sitio que indicaban mis boletos. Estaba separado del resto por un muro no muy alto sobre el borde del pasillo

Nos acomodamos en la parte central del primer escalón. Como los ojos de Pesca quedaban al nivel del borde del muro, subimos al siguiente escalón y nos acomodamos. Me dediqué a buscar con mis prismáticos al conde. Al fin lo encontré muy bien ubicado, por supuesto en la parte de sillas, frente al escenario.

Entró la orquesta. Se hizo silencio. Se inició la obertura. Cuando finalizaba la obertura el telón comenzó a subir. Entramos en el primer acto de la ópera 'Lucrecia Borgia' de Gaetano Donizetti.

Los ingleses no tenemos las mismas reglas en cuanto a aplaudir en una ópera. Pude observar la impaciencia del conde cuando el público aplaudía fuera del lugar conveniente y también cuando no aplaudía en los momentos en los cuales él lo hacía... cuestión de conceptos o de percepción de matices... no soy experto en el tema.

Al finalizar el primer acto todo el público se levantó. Con mis prismáticos ubiqué al conde Fosco y le dije a Pesca que lo mirara. Pesca no lograba enfocararlo, entonces le ayudé a subir sobre el borde y me puse a su lado, desde el piso. Abajo, el conde miraba hacia arriba con los prismáticos y revisaba los dos pisos de palcos, uno a uno; finalmente enfocó sus prismáticos

hacia nosotros, los del gallinero. Ahí Pesca lo podía ver muy bien y le pregunté. Me contestó que sí, pero que él no conocía a ese señor gordo.

En ese momento, Pesca bajó los prismáticos y miró hacia abajo y Fosco en su recorrido, fijó sus prismáticos en la dirección de Pesca. Entonces se operó un cambio tremendo en el semblante del conde. Soltó los prismáticos, abrió los ojos desmesuradamente, se puso lívido y yo lo veía temblar y sudar. Pesca seguía asegurándome que no lo conocía.

Yo supe que aunque Pesca no lo conociera, el conde sí conocía a Pesca y estaba aterrorizado de verlo. Le sugerí a Pesca que enfocara sus prismáticos hacia otro lado... y observé que el conde inmediatamente se escabulló, tratando de salir del teatro. Bajé a Pesca, lo tomé de la mano y corrí con él escaleras abajo, para tratar de interceptar al conde antes de que saliera. Pero fue imposible. El pasillo y el espacio frente a las puertas estaba inaccesible por la cantidad de gente... De modo que esperé y le dije a Pesca que tocaba sacrificar el segundo acto, que si todo me resultaba, le renovarí la invitación antes de que terminara la temporada. Apenas pudimos salir, tomamos un coche y nos fuimos a casa de Pesca. Bien encerrados hablamos:

Comencé diciendo:

— Mi querido amigo Pesca, ese conde Fosco te conoce y está aterrorizado de verte..., ¿seguro no lo conoces? —le pregunté. Luego añadí:

— Tú me dijiste que habías salido de tu país por motivos políticos, nunca te pregunté cuáles fueron esos motivos, ni quiero saberlo ahora. Lo que quiero es que pienses en qué circunstancias pudiste estar en contacto con este hombre...

Pesca me preguntó:

— ¿y qué es lo que esperas lograr? —yo respondí:

— No quiero ni dinero, ni que nadie le haga mal a ese señor, solo quiero que me entregue un par de comprobantes de que Laura estaba viva el día en que supuestamente la enterraron. Nada más. Y para lograrlo busco algo con lo que pueda presionarlo, porque por el camino de la ley no se logrará nunca.

Al escuchar mis últimas palabras sonrió y dijo:

— Sí que entiendo eso, Walter, sí que lo entiendo... —suspiró y habló lentamente:

— Voy a poner mi vida en tus manos explicándote lo que creo que sucede. Bajó la voz, miró que todas las ventanas estuvieran cerradas y la puerta con llave, y en voz muy baja dijo:

Ese señor debe pertenecer a una sociedad secreta a la cual yo pertenezco. Sin duda cambió mucho su apariencia. Yo tengo un cargo de Secretario en Inglaterra y por ese cargo conozco personalmente a todos los miembros que viven aquí. De ahí el horror que demostró en el teatro. Cuando me vio, el creyó que yo lo miraba porque lo reconocía. Si es espía de cualquier potencia, está contra la organización y sin ninguna duda morirá. Esa es una de las reglas. La otra es que una vez dentro no podemos salir de ella sino muertos y no podemos conocernos dos de nosotros como miembros. Podemos ser amigos normales mientras ignoremos nuestra pertenencia a la Sociedad. Solamente el Presidente y el Secretario de cada sección conocen a todos los miembros de esa sección. Pero los miembros deben evitar reconocerlos en público.

Eso que hizo de mostrar evidencia de que me conoce, lo delata. Pero no por eso, si yo no lo denuncio, va a morir. Pero si es espía internacional, cuenta con que morirá de un momento a

otro, con esa clase de muerte de las que nunca se descubre al autor. —Yo estaba angustiado. le dije:

El que sabe, sabe.

— Entonces estará preparándose para huir. ¿Qué puedo hacer para que antes de irse me entregue las dos pruebas simples que necesito? —Pesca pensó un momento. Luego me dio un papel y una pluma y me dijo que escribiera:

... si el reloj dio las nueve campanadas y no he venido ni le he hecho llegar noticias mías, es porque he muerto a manos del conde Fosco cuya dirección es Wood Street 48

— Sin firma. Dame ese papel —y estiró su mano. Se lo entregué. Me alcanzó un sobre y me dijo que encima escribiera:

para abrir a la novena campanada del reloj el día de mañana, lunes 30 de junio de 1851, por la mañana.

Hecho esto, metió el papel dentro del sobre y lo sellamos con laca. Guardó el sobre en su escritorio.

Destensionado y con serenidad me dijo en confianza:

— Lo que puedo ofrecerte es esto. Tú puedes negociar con el conde con este papel que yo te voy a dar, que es una respuesta mía a una carta tuya... y puedes llegar por ejemplo a enviar a alguien con un texto escrito tuyo, pidiéndome que te devuelva el sobre lacrado. Cuando todo esté arreglado, ven a desayunar, antes de las nueve —pensó un momento y luego añadió a modo de consejo:

— Comienza por decirle que tu lo viste en el teatro y supiste que él teme a un amigo tuyo. Que enviaste una carta a tu amigo, con otra carta sellada en su interior. Que esta fue la respuesta de tu amigo, y le enseñas mi respuesta

Luego sacó un papel de diferente clase y tamaño y en él escribió con otra pluma y otra tinta:

He recibido su mensaje. A la novena campanada abriré el sobre lacrado y procederé.

Le juré que nunca hablaría con nadie de nada de lo que habíamos dicho y hecho. A partir de ese momento, yo no sabría nunca nada de ninguna sociedad secreta... y salí corriendo a casa del conde.

.....

Todo sucedió de acuerdo con la lógica de Pesca. A las ocho y media de la mañana golpeé a su puerta. Lo vi alegre. Desayunamos y brindamos a esa hora. A las nueve y media llegué a nuestra casa, los abracé y lloramos de alegría. Todo se había arreglado. Les dije que el conde se volvió buena persona porque estaba despidiéndose de Inglaterra y porque yo le dije que no se preocupara por las diez mil libras. Que esas eran de su esposa. Me felicitó por nuestro matrimonio y enseguida me entregó los comprobantes. Le di a Marian los papeles y me tendí a dormir.

Con las pruebas en la mano

Habiendo obtenido, un año después de los acontecimientos, el original de la carta de Sir Percival en la cual anunciaba al conde Fosco que Lady Glyde viajaría a Londres el día 26 de junio en el tren de la mañana y el comprobante firmado por el dueño del coche que llevó el conde a la estación y que recogió, esa misma tarde a Lady Glyde y la llevó a una dirección especificada por el mismo conde, (que no era la casa de habitación de tal personaje), me fui el día siguiente al despacho del señor Kyrle para presentar esos documentos.

Él se admiró mucho de lo que yo había conseguido y se comprometió a iniciar, sin pérdida de tiempo el trabajo legal correspondiente, hasta tener la declaración oficial de que Lady Glyde se encontraba con vida.

Me preguntó qué deseábamos hacer al respecto. Le dije que una reunión en Limmeridge con todas las personas que habían sido invitadas al sepelio, en donde él leyera la declaración legal y el señor Fairlie la aceptara y reconociera públicamente a su sobrina viva.

También le hablé de nuestro matrimonio, celebrado hacía mes y medio, en mayo pasado, comprobándolo con un acta que yo había obtenido, antes de nuestro regreso a Londres, en la parroquia donde se dio el hecho. Laura Fairlie se había convertido en la legítima esposa de Walter Hartright. Esto también debería ser informado a todos los presentes.

Luego conversamos muy amigablemente. Le informé de las variaciones en la salud de Laura hasta antes de que Marian, con cuidado le hubiera contado que Sir Percival había muerto en un accidente. Entonces Laura, después de esa conversación convirtió su vida como Lady Glyde en un 'sueño feo', que ya se le iba yendo. Comenzó a recuperarse mucho en cuanto a su ánimo y alegría casi infantiles, y su personalidad volvió a ser la misma de cuando nos conocimos hace dos años; pero en relación con su vida en Blackwater, seguía incapaz de recordar nada de lo sucedido. Al oír siquiera que se nombraba el lugar, ella se estremecía y repetía... 'otra vez ese sueño feo...'

— Por esto que le cuento, le pido que en la presentación oral que usted prepare para el día del retorno de Laura a la vida real, en lo posible se abstenga de nombrar a Sir Percival ni al conde. En los documentos no hay problema, porque no los va a leer, no al

menos mientras su mente no se restablezca definitivamente, pero que no escuche ese nombre. Si quiere puede presentarla directamente como mi esposa, y decir que por un error hospitalario, hace un año fue confundida con otra paciente que murió, quien fue enterrada con el nombre de Lady Glyde... y nada más..., pero que ya se aclaró el misterio

Finalmente le pedí que me avisara acerca de la fecha que podríamos fijar para tal reunión, a fin de ponernos en la tarea de invitar a la gente con anticipación. Me dijo que él calculaba dos semanas más o menos, pero que me avisaría apenas le dieran la fecha de la audiencia. Nos despedimos y vi que continuaba sumido en un gran asombro. Lo dejé pensativo, sonriente y... aliviado de una carga.

Fin de la tormenta.

El señor Kyrle nos avisó en una carta que el próximo día miércoles, 23 de julio de 1851, obtendría el documento final que declaraba inexistentes todos los actos oficiales relativos a la supuesta muerte de Lady Glyde y restituía todos los derechos a la persona afectada por ese grave error. En párrafo final nos sugería el sábado siguiente, como buen día para la reunión.

Nos pusimos a la obra. Además de todos los vecinos y amigos de todos los niveles económicos y sociales, que vivían en Limmeridge y alrededores, a quienes invitábamos por carteles ubicados en lugares públicos, enviamos invitaciones escritas a todos nuestros conocidos.

Marian envió una invitación especial al médico director del sanatorio y a la ex-enfermera que le ayudó a rescatar a Laura. También a quienes trabajaron durante cualquier tiempo pasado en la mansión de Limmeridge, en donde Laura había nacido y vivido casi toda su vida.

Yo hice viaje a la casa de mi madre y hermana y también a la casa de la señora Clemens, para invitarlas expresamente. A esta última le conté toda la historia, sin sus puntos negros. Después de la tristeza por la muerte de Anne, se le alegró el corazón por nosotros y también por Anne que había tenido una buena muerte y un lindo entierro y que reposaba, como ella había deseado, al lado de la señora Fairlie a quien tanto quiso. Le dije que pasado ese día, yo le escribiría a la mamá de Anne para informarle el lugar de la tumba de su hija. Pero no la invitaba a la reunión en Limmeridge por temor de que le diera por nombrar a Sir Percival.

El 26 de julio a las nueve de la mañana comenzaron a llegar los invitados a la mansión de Limmeridge. El señor Kyrle había hecho viaje expreso para hablar con el viejo Fairlie y convencerlo de que era una gran oportunidad de mostrarse en público como el protector de su sobrina, contento de rescatarla después de que la había dado por perdida.

Pocas palabras de bienvenida y nada más. El señor Hartright que actualmente era el esposo de Laura explicaría el asunto para todos, mostrándolo como una equivocación y confusión de documentos del hospital y del sanatorio. Nosotros le habíamos dicho a Kyrle que tranquilizara al señor Fairlie en el sentido de que no tenía que preocuparse porque nos quedáramos en Limmeridge. Que yo tenía mucho trabajo en Londres y por eso, seguiríamos viviendo en Londres. Conociendo su temor a cambios repentinos, esta razón le ayudaría a pasar el mal rato con un tris de buena cara.

Así fue que llegamos muy temprano y Marian, con ayuda de los pocos criados que quedaban en la mansión, organizó todos los asientos y bancos disponibles. Luego nos repartimos la tarea de ir acomodando a las personas, dejando los mejores puestos para

los más cercanos a la familia y de acordar que los más jóvenes permanecerían de pie a los costados, si los asientos no alcanzaban para todos los mayores, especialmente las damas y los viejos.

A las diez se llamó como de costumbre con dos campanadas, y obtuvimos un silencio respetuoso. Marian salió llevando del brazo al tío Fairlie y ubicándolo al lado del señor Kyrle. Entonces comenzó la reunión. Un informe sencillo del acto gubernamental de informar a todo el público que se trataba de enmendar un error. Que la señorita Laura Fairlie, ahora convertida en la señora Laura Hartright, estaba viva. Que cuando se promulgó la noticia de que Lady Glyde había muerto, tal noticia era falsa y el entierro fue de otra dama que murió por los mismos días en los cuales la señora Glyde estuvo hospitalizada, debido a una lamentable confusión de documentos. Solamente eso.

Enseguida dio la palabra al señor Fairlie. Él dijo que sus achaques le impedían moverse fuera de la casa y que por tanto tuvo que aceptar como cierta la noticia de la muerte de su sobrina, pero que en ese día se sentía muy feliz de darle la bienvenida, tanto a ella como a su esposo.

Cuando terminó de hablar, el señor Kyrle aplaudió y todos los presentes lo imitaron, el ruido de los aplausos por poco produce un ataque de nervios al viejo tío. Su ayudante lo ayudó a pararse y a salir hacia su habitación y ahí terminó su papel.

Después yo agradecí a todos el haber venido y los invité a acompañarnos al cementerio en donde la lápida sería corregida de inmediato, borrando el nombre equivocado y reemplazándolo por el nombre correcto...

Hacia la una, todos los que permanecemos en el cementerio, pudimos leer el nombre de 'ANNE CATHERICK', sobre la tumba que tenía como fecha *25 de junio de 1850*, y nos regresamos, unos hacia la mansión y los demás hacia sus propios lugares. La señora Clemens se me acercó y oprimió mi mano con emoción.

— Voy a buscar una flores para adornarla —me dijo.

Le conté a Marian y ella, tomando por el brazo a la señora Clemens, se la llevó porque "quería presentarle a alguien". Fueron a la cocina de la mansión y allí Marian la presentó a una vieja cocinera de Limmeridge:

— Esther, esta señora es mi amiga. Cuando venga, atiéndala en mi nombre y si se le hace tarde o quiere quedarse, prepárele un lugar en donde dormir. Hoy mismo creo que será bueno. Ella es la abuela de la señorita que fue enterrada y que creyeron que era Laura —y a la señora Clemens le dijo:

— Si quiere quédese aquí esta tarde y se va de mañana. Así puede visitar el cementerio todo el tiempo que desee —Esther tomó a su nueva amiga bajo su protección y la señora Clemens se quedó esa noche en Limmeridge y dejó muy adornada la tumba de su Anne antes de salir para su casa a la mañana siguiente.

En particular Pesca y mi madre me abrazaron muy efusiva y tiernamente. Mi hermana solo me dijo que estaba muy contenta con su cuñada. Que era muy querida y además lindísima. Serían muy buenas amigas.

Agradecemos al señor Kyrle por su perfecto, generoso y desinteresado trabajo; a todos los criados por su afectuosa colaboración. Marian les dió algún dinero que habíamos reservado para esto. Salimos al espacio en donde los coches

esperaban en fila, y nos despedimos muy afectuosamente de los amigos que habían venido, expresando nuestro firme propósito de organizar un reencuentro para celebrar la vida rescatada después de esos vientos extraños que por poco nos mandan al vacío.

Marian, Laura y yo fuimos los últimos en salir. En la puerta, antes de subir al coche que nos llevaría a la estación, nos miramos y nos abrazamos emocionados: Habíamos atravesado el espantoso huracán. Todo ese tiempo terrible de casi dos años, acababa de reducirse a 'un sueño feo' para nosotros tres.

Al tío le enviamos nuestros agradecimientos con su paje, el que le servía de atril. Lo conocíamos suficientemente como para saber que era la mejor forma de entendernos: siempre había sido y seguiría siendo 'de lejos'.

Volvimos a nuestra vida en Londres.

La vida que retoña.

Pues unas semanas después vi a Laura un poco pálida. Marian venía con ella y sonreía: Las miré interrogativamente...

Laura me dijo:

— Es que hay por ahí un bebé en camino hacia esta casa —y sonrió a pesar de que no se sentía muy bien.

Yo la abracé y le dije lo más dulce que se me ocurrió, traté de levantarla con mis brazos pero ella me hizo señas de que no por el momento. De todos modos me sentí muy feliz.

El año llegó a su fin. Celebramos la Navidad nosotros tres en compañía de mi madre, mi hermana y mi amigo Pesca. El embarazo de Laura era bien visible. Ella estaba muy bien. La atendía un buen doctor y controlaba su alimentación

cuidadosamente. Ni una vez la vimos perturbada por recuerdos de sus días de Blackwater. La señora Clemens llegó a saludarnos por el Año Nuevo. No sabía del bebé que esperábamos y se emocionó mucho. Marian la invitó a visitarnos cuantas veces quisiera. Podía venir todos los días si le era posible... Una persona tan bondadosa y prudente siempre es una invaluable compañía.

Ella se hizo muy útil. Ayudaba a Marian en las cosas de la casa, conversaba con Laura de cómo cuidar un bebé y de las cosas que se les ocurrían a los niños, en cuanto comenzaban a correr. Laura se divertía en su compañía y Marian tenía con quien compartir algunos quehaceres largos... Algunos días la señora Clemens llegaba con alguna verdura especial y nos preparaba un plato campesino muy agradable...

En los primeros días de marzo se hizo evidente que se aproximaba el parto. El doctor insistió en que no dejáramos sola a Laura. Como conocía su historia de crisis emocionales, temía que algo como las contracciones y la inminencia del parto la podrían poner demasiado angustiada, sobre todo si no había alguien a su lado.

Así propusimos a la señora Clemens un trato que ella aceptó muy gustosa. Se vino a vivir con nosotros por el tiempo que se viera necesario y posible, claro que siempre con libertad de ir a su casa de acuerdo con Marian, pues era perentorio evitar que Laura se quedara sola ni un rato pequeño. Le pagaríamos semanalmente según lo que ellas decidieran.

No tuvimos que esperar mucho. El doce de marzo, llegó mi hijo Walter en óptimas condiciones de salud, según el doctor me informó. Su madre, cansada pero sonriente después del paso difícil, estaba muy orgullosa y feliz.

Al siguiente día, el recién llegado tenía ya un cortejo de damas solo para él: la reina madre, dos tias y dos abuelas. Cinco mujeres listas para consentirlo sin parar. Fueron unos días inolvidables para todos. Laura estuvo rápidamente recuperada a base de buena alimentación, de atenciones, de cariño, de compañía continua.

Mi madre y la señora Clemens intercambian recetas campesinas especiales, Marian y Sarah se peleaban por cambiar al chico y por ayudar a su madre en el trabajo del baño y en la elección de vestidos... el papá muy celoso se esforzaba por seguirles la idea..., sería una pelea muy desigual y peligrosa ponerse en contra del ala femenina de la familia.

En mi corazón trataba de agradecer a Dios. Otra vez tenía la consciencia de que los accidentes aparentes no eran sino señales que marcaban el camino a seguir...

En Junio decidimos ir todos al mar. Al mismo lugar en donde un año antes habíamos hecho un matrimonio muy callado... Estuvimos una semana. Pesca nos acompañó, pero esta vez se comprometió a no hacer incursiones solitarias hacia el fondo del mar. Regresamos descansados y bronceados.

En mi trabajo con una empresa de diseños arquitectónicos se presentó la necesidad de que alguno de los empleados fuera a París, para un curso de diez días sobre nuevas y prometedoras tendencias. El curso comenzaría el primer día de agosto. El Director no podía viajar y me propuso que lo hiciera yo. Conversé con Marian y Laura, y estuvieron muy acordes en que yo debía aprovechar esa oportunidad. Pedimos a la señora Clemens que viniera a acompañarlas y en cuanto ella aceptó gustosa, yo me comprometí con la empresa y organicé lo que debía llevar a Francia.

Desde París, todas las tardes enviaba una carta a Marian y otra a Laura, y ellas hacían lo mismo, así que todos los días, todos teníamos cartas... El curso llegó a su final y regresé. Dos días sin cartas, hasta que llegué a la casa en Londres. Encontré la casa cerrada. Con mi llave abrí y nadie estaba adentro.... Sobre mi almohada, una nota de Laura que decía:

"Te esperamos en Limmeridge"

No podía imaginar por qué ese cambio. Le habíamos dicho al señor Fairlie que no viviríamos allá, pero ahora ellas más mi hijo Walter y la señora Clemens, decidieron ir sin ser invitadas. Porque... me habrían comentado lo de la invitación si ese fuera el caso...

De veras me quedé como en el aire... ¿Por qué?... Mi reloj marcaba las dos de la tarde... Si tenía suerte alcanzaría a llegar esa misma noche a Limmeridge.

Dejé en orden los papeles de la empresa y del curso y salí a tomar un coche que me llevara a la estación. En Carlisle solo esperé un cuarto de hora y llegó el tren. A las ocho y media estuve en la estación de Limmeridge y veinte minutos después estaba en la mansión. Un muchacho joven me dijo que las señoras estaban en el segundo piso. Subí y, casualmente en la habitación que yo había ocupado tres años antes cuando llegué como profesor de dibujo, ahí las encontré con mi hijo en medio, todos, hasta la señora Clemens, muy sonrientes.

— Y... ¿ esto ? ... —pregunté. Luego, mirando a Laura le dije:

— Y tu tío, ¿qué cara puso?... dirá que soy el más mentiroso del mundo

— Mi tío murió —contestó Laura. Marian agregó:

—Después del entierro, el señor Kyrle me dijo que deberíamos venirnos enseguida todos. Yo había venido sola. Él me pidió una nota para Laura, fue hasta la casa, esperó que arreglaran lo necesario y las llevó con Walter a la estación.

Laura añadió:

— El señor Kyrle viajó en el tren con nosotros hasta Carlisle y cuando nos dejó en el segundo tren, se devolvió. No quería que dejáramos esta casa sola ni un rato.

Mi pensamiento estaba como sin derrotero... esperé que Marian explicara: Ella tomó a mi hijo en brazos y enseñándomelo dijo:

— ¡Te presento al heredero de Limmeridge!

.....

Estamos en septiembre de 1852. Nos acabamos de instalar en Limmeridge como guardianes del heredero legítimo y administradores de la propiedad hasta que él llegue a los veintiún años...

Fin de

*****"MI VIDA Y LA DAMA DE BLANCO"*****

